
INEFICIENCIA ECONÓMICA DEL ESTADO NACIONAL O NUEVO IMPERIALISMO GLOBAL

Kenichi Ohmae, *The end of the nation state. The rise of regional economies*, New York, The Free Press, 1995, 214 pp.

En últimas fechas la realidad social contemporánea parece explicarse mediante la mención —casi mágica— de la palabra globalización, cuyo exacto contenido no ha logrado fijarse del todo, pero cuya mención recurrente es obligada en cualquier texto. Por su parte, las connotaciones que evoca son atractivas y logran imponer modas explicativas donde debería haber crítica rigurosa y un claro manejo de las categorías conceptuales empleadas.

Un ejemplo importante de este uso vicioso lo constituye el libro *The end of the nation state. The*

rise of regional economies, de Kenichi Ohmae, que está siendo leído por numerosos actores públicos de primera línea como una especie de verdad política revelada e indiscutible. Debido a su retórica, esta obra pertenece típicamente a esos manuales norteamericanos que tienen tanto éxito porque substituyen todo el esfuerzo por generar ideas propias con la satisfacción mental de recetarios fáciles, sabiduría popular levemente sistematizada y finales felices. Por su influencia generalizada y rápida en medios influyentes se hace indispensable hacer una rápida revisión de sus principales tesis, pero sin analizar minuciosamente sus contradicciones recurrentes y sus ejemplos amañados, lo cual sería una tarea farragosa y que la superficialidad del texto no amerita.

El propósito del libro, según lo declara su autor, es ofrecer una serie de reflexiones que permitan explicar por qué en la actualidad algunas regiones del mundo (algunos países, en otras palabras) prosperan y otras no, y por qué las políticas económicas tradicionales (se refiere al proteccionismo y a la autarquía) no pueden adaptarse a un mundo sin fronteras, hacia el

que nos proyectamos en la dinámica de la globalización económica actual. Ésta se da en virtud del impacto del desarrollo tecnológico en los negocios y su posterior influencia en los valores, juicios y preferencias de las personas, contradiciendo por otro lado la convicción de los responsables de las políticas exteriores, quienes creían que los aspectos externos no sufrirían modificaciones substanciales en el futuro.

Desde el título de la obra se observa el retruécano que la guía; sugiere una causalidad entre dos categorías de género diferente, económico y político; el ascenso de las economías regionales y el fin del Estado nacional; cabriola digna de mejores trapezistas teóricos. Lo cual nos previene de antemano de la propuesta final del autor, a saber, un nuevo determinismo económico (o el viejo determinismo liberal, pero para principiantes) que tiene su inicio en el consumidor individual que está “mejor informado” y notablemente influido por los medios de comunicación, así como por el manejo de una tecnología avanzada y novedosa, como la *internet* (accesible para quienes obtienen cinco mil dólares *per ca-*

pita anuales). Así, este consumidor demanda productos de marcas globalizadas (transnacionales), lo que determina el desarrollo de ciertos mercados de productos y capitales y la carambola termina en la buchaca del desarrollo industrial. En este nuevo dinamismo económico los Estados no sólo son incapaces de influir, sino que la mayor parte de las veces van a contracorriente de las tendencias mundiales.

Para Kenichi Ohmae, las demandas que las sociedades dirigen a sus Estados, en especial las de los países exsocialistas, no encuentran soluciones favorables porque los Estados han perdido la capacidad de respuesta hacia sus ciudadanos, en especial en lo relativo al aspecto exterior. Esto permite formular la incógnita de que si los Estados-nación son los actores primarios en la economía mundial o no. Su respuesta pretenciosa desea ser tan original como ingeniosa, cayendo en esos malabares pseudonemotécnicos, e ingenuos en el fondo, muy del gusto de la literatura norteamericana simplista a la que ya nos hemos referido. Propone cuatro *ies* como solución: *inversión*, *industria*, *información tecnológica* (que no data) y *consumidores individuales*.

La *inversión* no se constriñe a una región, fluye de manera privada, los gobiernos se involucran menos en ella y los capitales fluyen excesivamente en los países desarrollados (diez trillones de dólares de Japón se encuentran en el exterior). La *industria*, por su parte, tiene una orientación todavía más global, su estrategia de desarrollo no está en función de la razón de Estado, sino de la empresa, que transfiere tecnología y personal sin obstrucción de los Estados, logrando operar a nivel mundial gracias a la *información* tecnológica.

Por último, los consumidores *individuales* poseen mayor información sobre los estilos de vida del resto del mundo (forma elegante de llamar a la *californización* del gusto, que consiste en transformar a la civilización occidental y la riqueza de su pluralismo en una cultura material de la hamburguesa). En el esquema de su pensamiento, no le cabe al autor un juicio básico sobre hasta qué punto la demanda de mejores artículos y más baratos obedece a una elección libre o a una elección inducida por los mismos mecanismos con que se “informa” sobre las costumbres de otros consumidores.

Finalmente, considera que sus cuatro *ies* permiten la viabilidad de la unidad económica del mundo, así como hacen innecesaria la intermediación estatal.

Desde la mitad del libro y con un estilo harto reiterativo, va proponiendo una transición hacia los Estados-región como “unidades geográficas” (como si los propios Estados-nación no lo fueran), mismas que serán la puerta de entrada para la unidad económica mundial.

Los casos recientes de conflictos fronterizos y de entidades nacionales como los de la URSS, Checoslovaquia y Yugoslavia, o la unificación alemana, el secesionismo quebequense y los independentismos vasco y catalán son ejemplos, a pesar de su disparidad y descontextualización, de que el Estado nacional ha perdido su papel como unificador.

Por otra parte, añade que las mercancías ya no tienen nacionalidad, están compuestas por elementos de diversas partes del mundo, puesto que para el autor las distancias físicas son económicamente irrelevantes, además de que el precio de las manufacturas ha decrecido en alrededor del 20 por ciento con respecto al precio final y se

incrementa la demanda de ellas ahí donde llega la información.

Incluso, este desarrollo tecnológico de los medios de comunicación es un nuevo crisol que ha impactado en tres grandes niveles: el macroeconómico, pues el capital se traslada de manera instantánea a cualquier parte del mundo; las compañías privadas que poseen conocimientos de los mercados, de los productos y de los procesos de organización, con lo cual pueden ofrecer mejores respuestas a los consumidores y, finalmente estos individuos adoptan estilos de vida comunes, constituyéndose en un solo consumidor global. Con las preferencias y gustos por los productos demandados por este consumidor global se transforman las normas, los valores y las tradiciones sociales hacia un mismo sentido, puesto que Kenichi Ohmae presenta un panorama económico determinado por una escalada hacia el desarrollo (del mercado), que va de un ingreso *per capita* de mil 500 dólares anuales al más alto del mundo, 30 mil dólares, alcanzado por Japón; lo cual permite a la sociedad demandar más bienes. Su ejemplo de supersimplificación es obvio. Japón es una “demostración”

grottesca que ignora campanamente a los mil 133 millones de personas que sobreviven en el mundo con menos de un dólar por día, según un informe del Banco Mundial de mayo de 1993... Otro ejemplo, en donde además confunde los efectos con las causas, nos toca a nosotros: según él los flujos migratorios se dan por el desarrollo de marcas globales y la nueva cultura popular global y no por las desigualdades económicas entre los países.

Los Estados que están a favor de una política nacionalista y que controlan la información y la economía disminuyen los niveles de calidad de vida de su población, así como disminuyen la productividad y el proceso de industrialización, porque no han desregulado sus economías, abriéndose a los flujos libres del comercio y el capital. El proteccionismo y la defensa del interés nacional están ligados a una economía arcaica basada en la explotación de los recursos naturales, los que para Ohmae no tienen la más mínima importancia comparados con la libertad expresada en el consumo de Coca-Cola o el número de máquinas de Nintendo que hay en Japón. Este Estado arcai-

zante insiste en suministrar servicios públicos que crean “envidias y resentimientos” y constituyen una carga excesiva a la salud financiera del Estado, además de que la seguridad social afecta los niveles de competitividad. Su ejemplo en este caso ya no nos sorprende: Alemania.

Con toda esta visión de liberalismo globalista feroz y mecánico, se pregunta si el Estado nacional podrá mantener el control sobre su población, acelerar la expansión económica hacia el libre comercio y manejar la economía global. Como contrapartida del *no* rotundo expone que están emergiendo regiones-Estados que son unidades económicas regionales que sobrepasan las fronteras estatales. ¿Ejemplos? Indonesia-Malasia-Tailandia; sur de China-Hong Kong-Taiwán; San Diego-Tijuana.

Las regiones-Estado son unidades eminentemente económicas, no políticas, que constituyen poderosas máquinas de desarrollo; se orientan a la economía global, creando empleos, promoviendo la inversión, procurando productos más baratos y mejores que elevarán el nivel de la calidad de vida en el mundo. En estas unidades idílicas no

hay conflictos sociales por diferencias étnicas debido a la prosperidad que generan.

En contrapartida, la presencia de los Estados nacionales se vuelve cada vez más irrelevante; la posibilidad de que jueguen un papel importante en el futuro se reduce, según Ohmae, a que se constituyan en eficientes catalizadores de las actividades económicas regionales. De no incorporarse a la tendencia hacia las economías sin fronteras, no destacarán en la actividad económica y se deberá redefinir o remplazar la discrecionalidad e independencia de los Estados en la economía.

Las tesis propuestas por Ohmae presentan graves problemas de simplificación que parten de una concepción fácil del Estado, donde no hay distinción con componentes como gobierno, nación, pueblo o unidades administrativas. Le atribuye funciones que nunca ha tenido o que ha ido transformando en su desarrollo histórico, enfatizando su distancia con factores económicos como señales de su ineficacia.

Los conflictos internos que presenta los ve como una incapacidad del Estado de lograr la cohesión social, y no con una óptica que los sitúe en un contexto determinado.

Por ejemplo, los movimientos separatistas vasco, quebequense, tanto como los de las repúblicas bálticas, más que ser tomados como desestabilizadores del Estado, pueden significar que esta máxima institución sigue constituyendo el espacio de libertad, autonomía y desarrollo político por excelencia, y al que aspiran reiteradamente grupos de individuos que siguen identificándose fuertemente como nación. Concepto que, por otra parte, si bien no es exclusivo de Europa, está enraizado estrechamente con otras instituciones políticas occidentales que salen del ámbito de los ejemplos de nuestros autores, tales como parlamentarismo, elección, república, política exterior, representatividad, seguridad social; y culturales como lengua, religión, historia común, etcétera.

Al no concederle su sitio en una razón política, como lo hace en su crítica a Samuel Huntington, desviste al Estado nacional de su razón de ser y lo segrega de una cadena causal donde lo económico parece girar por sí mismo: tecnología, información, consumidor, mercado, industria, niveles de vida más altos, etcétera. Si el Estado no sólo no interviene en este proceso sino

que le es adverso al ocuparse del bienestar social, el gasto público, etcétera, entonces es un agente destinado a desaparecer. Se ignora de esta manera un conjunto mayor que constituye la vida social de una nación y los requerimientos institucionales de su supervivencia moral. El fanatismo del autor se sitúa en un mundo material con accesorios diversos; ve al hombre exclusivamente como un consumidor y no como una entidad gregaria con inteligencia y sentimientos.

La verdad mezclada en todo esto es el contexto que enfrenta actualmente el Estado-nación para definir conceptos como soberanía, interés nacional, igualdad soberana, integración nacional, autodeterminación de los pueblos, nacionalismo e independencia. De los 118 actores internacionales considerados por su PIB o por la importancia del valor de sus activos, 88 son empresas (con cien mil millones de dólares en propiedades), lo cual muestra el verdadero sentido de estas propuestas globalistas puestas a favor de las empresas que compiten con los Estados, lo cual los enfrenta a fuertes presiones para conservar sus viejos principios, pero ello no significa que los Estados

puedan ser substituidos por un dinamismo comercial regional, su-puestamente abstracto y manejado “democráticamente” por el gusto del cliente o consumidor. Entiéndase bien: no estamos por una defen-sa a ultranza del Estado, sino sólo queremos acentuar su necesidad po-lítica en un contexto adverso.

Por lo demás, el autor indonesio no cree en el supuesto determi-nismo del mercado que describe, puesto que su intención al final del libro es proponer que la “ineficiencia económica” del Estado se con-vierta en una actividad en favor de los mercados regionales, desregu-lando los procesos económicos, li-beralizando el comercio de bienes y

capitales, ahorrando recursos del gasto social y *dejando hacer* a las industrias exitosas, cuyos produc-tos demanda el consumidor global. Detrás del mundo maravilloso donde no hay conflictos y los individuos tienen salarios crecientes cotizados en dólares, se oculta el rostro dema-siado conocido de un liberalismo al servicio del capital voraz y depre-dador, siempre internacional, pero al que ahora las fronteras, en vez de favorecerle, le estorban para to-nificar el desarrollo de industrias mundiales que empiezan a instau-trar un nuevo imperialismo global.

Alfonso Sánchez Mugica